

## textos

### el presente

**¿qué hay de malo en callar?** (Antisemitismo ontológico, I)

Ignacio Castro Rey. Madrid, 18 de noviembre de 2010

Resulta increíble la energía que puede obligar a desplegar una pequeña broma que debía de ser inofensiva en este yermo sin polémica, dentro y fuera de la multiplicidad face-book\*. ¿Ha tocado alguna fibra sensible? En algunos tal vez, si tienen una posición y no dejan de expresarla. Veremos sin embargo cómo la polémica no llega a mayores, aunque tal vez lo mereciera.

La gracia del mencionado corto montaje es que, imitando el metalenguaje engolado de los nuevos medios, incluso su formato breve, logra ridiculizar lo que no es más que mitología barata, analfabetismo juvenil integrado en la vida adulta. Que nuestros alumnos y sobrinos de veinte años estén fascinados por todo ese automatismo es normal, pues les permite evadirse de un “principio de realidad” que odian - tienen sus razones-, y del tedio de los mayores. Que nosotros, en nuestra venerable edad, estemos encandilados con los nuevos juguetes hace pensar en nuevas formas de degradación biológica y tiende radiantes promesas hacia lo que vendrá.

Se me ocurre que esta fascinación cuasi ontológica por las potencialidades de las últimas tecnologías no deja de ser heredera de la rancia Ilustración dieciochesca, del espejismo de una Revolución que parta la historia de los hombres en dos y consiga dejar atrás las sombras, la sucia vida en la tierra y la “minoría de edad” de los hombres en ella. Dios bendiga a Kant, aunque en este punto era peligrosamente ingenuo.

Además, las nuevas herramientas tecnológicas, compactas y portátiles, han alimentado la religión laica del individualismo occidental, esta ilusión –relanzada desde el “cuerpo a cuerpo” de la II Guerra- de hacernos autosuficientes frente a cualquier comunidad indiscriminada de los hombres. Cada vez más, como ha recordado cien veces Virilio, los contactos limpios y en tercera fase con el lejano deberían sustituir la proximidad física con el cercano, extraño personaje maloliente hacia el cual se guarda una prevención electrónica. Es posible que la masificación urbana, también ella compacta y portátil, sea la gran disculpa para esta segregación cuerpo a cuerpo, un campo de batalla discreto que amplía la anterior lucha de clases en una rivalidad individual interminable. Sin duda, económica y culturalmente, esta complejidad piramidal también ha entrado en el paquete de la crisis económica actual, pero está por ver cuál va a ser la salida, si un improbable comunitarismo o agresivas ofertas de aislamiento. Cuando el barco hace agua el menú de las ofertas de evasión se multiplica.

Partamos de un punto nimio para analizar este puritanismo que se extiende. ¿Qué problema hay con lo que “ocupan” los libros, los metros que invaden, su peso, el polvo que acumulan? Todo eso son características del pensamiento, del pensamiento en estado puro. Solamente la decadencia del intelecto, en versión musical o filosófica, ha llevado a esa majadería de que el saber “no ocupa lugar”, no pesa, etc. Todo lo que no *pesa*, no nos hace sufrir ni nos mancha, sencillamente no existe. ¿Eso es lo que queremos, como sospechaba Nietzsche, la no-existencia?

Me temo, no es culpa de nadie, que al amparo de las “nuevas tecnologías” -siempre viejas, pues se hacen obsoletas en un mes- se desarrolla una especie de *antisemitismomolecular* -perfectamente correcto, pues odia el derramamiento de sangre- que prolonga el odio a las arrugas de vivir, a su definición mortal, que ya se diagnosticó como *platonismo* al inicio de la Modernidad. La “doble huida” -del mundo a yo y de la tierra al espacio- que preocupaba a Hannah Arendt, la aversión a la gravedad de la

condición humana, llevó a la aspiración estelar de una vida en órbita, dirigida por una nueva elite cuyo poder estriba en la separación. Todas las formas de la velocidad que desde entonces nos cubren sólo vienen a *conectar* ese aislamiento, esto es, a impedir que se sienta el vacío.

Por debajo, la vida sigue siendo mierda y polvo, mezcla con la herrumbre de la tierra, con su abigarrada contingencia. Si no se da la travesía por ese tormento, para darle forma al otro lado y convertir en forma poética lo que es un fondo irremediable, no hay ni comunidad ni soledad, ni música, ni pintura ni pensamiento. Bienvenidas entonces la mácula y la mezcla, sobre todo si brotan de esa especie que a veces parece en vías de extinción, los libros y el reposo clandestino de la lectura. La desaparición de esa santa “vacuola de no comunicación” no puede más que acentuar la barbarie en los tiempos que vivimos, ya suficientemente crueles. Muy particularmente, el retroceso de la lectura -y no se *lee* en una pantalla, simplemente se navega, se cotillea-, la decadencia de esa religiosa burbuja de silencio es lo que explica que a menudo estemos maltratados por unos funcionarios y un público -no siempre adolescente-prácticamente analfabeto, imbuido por un feroz pragmatismo.

Por otro lado, ¿qué prisa tenemos, para qué esta ansia de más espacio libre, de más tiempo libre? ¡Si odiamos el espacio y el tiempo en estado crudo, libres, indefinidos, sin organizar! Queremos más espacio *libre*, más tiempo *libre*... para retirarnos y estar libres de la mugre de la materia, de la turbia espaciotemporalidad en la que nacimos y morimos. No soportamos el interrogante de la vida mortal y eso es lo que ha convertido en estúpida religión a la informática y las tecnologías numéricas, que no debían ser más que una buena herramienta. Exactamente igual que la cerbatana o la llave inglesa, sin ninguna esperanza de una “apagón analógico” que nos permita romper con la tecnología de la existencia, con las prótesis sensitivas e intelectuales que espontáneamente genera su desnudez.

Queremos tiempo libre, libre del tiempo que se detiene, espacio libre de objetos que nos interroguen. Queremos tiempo abstracto que nos libre del tiempo, espacio fluido que nos libre de la suciedad de los espacios reales que atravesamos, que nos atraviesan. Aspiramos a llenar el espacio-tiempo con la multiplicidad abstracta, la indiferencia que facilita la nueva, no tan nueva, tecno-ideología.

Frente a esta ideología de la seguridad, ¡qué maravillosa esa idea de Cage de escuchar los sonidos *antes* de que se conviertan en pensamiento abstracto, en símbolo! Y su posible correlato ético, provocativamente sensato: la ambición de captarnos a nosotros mismos antes de que convirtamos en “reconocibles”, en definitivamente idiotas. En dirección contraria a Cage y su aire *earthly*, también contra Deleuze -casi contra Heidegger, que ya es decir-, odiamos la espaciotemporalidad singular que se coagula *ahí*, en una escena sin subtítulos, libre de logos. Por eso queremos ocuparla, en la ciudad y en casa, con una “cobertura” técnica que debe expandirse en cada segundo de experiencia, permitiéndonos flotar todo el día entre memeces. Todo ello con la seguridad bipolar que oscila entre la euforia y el pánico, el virus y el antivírus, lo público y lo privado. Feedback perpetuo entre el estruendo y el silencio, el espectáculo y el biopoder.

¿No es esto, si uno deja de *esclavizarlas* como herramientas, en lo que se convierten las “nuevas tecnologías” e Internet, sobre todo el mismísimo Mr. Facebook? La llama del más tonto narcisismo, el aura fría del aislamiento estelar y su conexión perpetua: “Luis ha cambiado su foto”, “María es ahora amiga de Antonio y de siete personas más”. ¿Qué nos importaría todo eso si no estuviéramos letalmente aburridos? Por haber retrocedido ante el rumor de las sombras que hay *entre* los seres, asistimos al fin de la vida como acontecimiento. De ahí la debilidad mental y su *chateo* perpetuo: el misterio de vivir, para el que no tenemos ya ninguna tecnología existencial, se atiborra de logos. La masificación es esto, que nadie sienta el vacío.

En el fondo, la banalidad de la comunicación realiza el sueño de Occidente, pues el cotilleo fue siempre el fin secreto de la Historia, de su gran relato. Para aumentar el poder de lo histórico sobre la vida, para que ese poder de la cobertura se haga global, Occidente ha de exportar su evangelio *laico* -Dios es la mediación- en formato breve, capilar y provocativo. Lo que llamamos "entretenimiento" tiene la función política capital de conjurar el desierto en que hemos convertido la vida con el reemplazo continuo de los decorados. Nuestro desamparo se disfraza todo el día "on line", *enredado* con el más bobo intercambio narcisista, flotando en el consenso del mutuo reconocimiento. Igual que la caída de una piedra es noticia en una charca de ranas, así el tedio alimenta la comunicación, convirtiendo en mensaje cualquier chorrada.

No debemos descartar la hipótesis, extremadamente divertida, de que el negocio de las nanotecnologías haga su agosto cubriendo a una existencia cada vez más *desenchufada*, más desactivada en sus potencialidades elementales. De hecho, el humano que mantiene permanentemente un nexo de conexiones suele ser un subdesarrollado en el mundo de los sentidos, sin ver ni oír nada que no brille en pantallas. Desde hace mucho, en Occidente todas las batallas -económicas, tecnológicas y militares- se ganan *desde el aire*, evitando el cara a cara de la presencia real.

Mimados en nuestras majaderías por un poder social que es "fan de ti", soportamos mejor la catatonia doméstica y somos más flexibles para la nueva religión social, este entorno automatizado y sus sonrientes mandarines. Ni Orwell ni Huxley podrían imaginar tal grado de mutilación fluida, una infelicidad que se descarga al instante, sonriente, libidinalmente. Nuestra impotencia se ha vuelto sexy.

Así pues, el paso de la "alta cultura" de antaño a la cultura popular del turbocapitalismo, eufemísticamente llamado "sociedad del conocimiento", no es para acabar con las jerarquías, sino para arribar a una jerarquía bastarda, a una formación simplemente informativa, abreviada a la escala de cada consumidor. Y un poder que se ha hecho psíquico resulta indetectable. El público infinitamente mediado, mimado hasta las heces, hace más fácil el trabajo de los nuevos amos. ¿Ningún pastor, un solo rebaño? Más fácil todavía, ¡el rebaño es el pastor, generando sus cambiantes cabezas buscadoras! Por eso nuestros líderes, avalados por la estadística y el índice de audiencia, aparecen vestidos de esta dulce mediocridad que les convierte en imbatibles.

Esto es lo que significa la famosa interactividad actual y sus clichés conceptuales: la liquidación de la distancia entre el público y el creador, el acceso fácil y disperso, la multilateralidad en bucle de los infinitos feedback, etc. La endogamia social, nuestro integrismo de la transparencia, se alimenta de individuos cuyo carácter ha sido corroído hasta convertirlos en simples nudos de la red. En otras palabras, en indiferencia *personalizada*. En este punto, veinte años antes de que Tiqqun nos animase un poco la vida, el delicioso *Post-scriptum* de Deleuze ya lo había dicho todo: "El *surf* bate en todo lugar a los antiguos deportes".

Ha muerto el aura del objeto, pero sólo para que el aura del nuevo sujeto-estrella, que con los últimos medios puede ser famoso durante tres horas -y a veces más- alcance firmamentos globales. Estamos reducidos a tan patético debilitamiento, a tal encierro en la socialización, que cualquier idiotez puede llamarse *evento*. En este yermo donde nunca puede ni debe ocurrir nada -excepto el espectáculo del horror que azota a los infelices atrasados de las afueras- la mediación infinita se convierte efectivamente en el mensaje. La comunicación es endiosada porque ha logrado defendernos con la indiferencia. Solamente comunica comunicación, circulación, multiplicidad: que la mediación es el mensaje. Con tantas cadenas donde elegir instantáneamente, traslucimos que nuestro ideal oculto es la pantalla en nieve, el crepitar de los altavoces solos.

El consenso informativo hace por fin pequeño el mundo, dibuja unas paredes invisibles. Allí donde vamos, incluso en el dulce verano, trasportamos la uniformidad de la que somos los únicos habitantes, sideralmente solos y conectados. No es extraño que los inmigrantes fascinen y horroricen a la vez en esta planicie radiante. Por una parte, representan la sangre que hemos perdido; por otra, el peligro *analógico* que queremos dejar atrás.

*\*Este texto es resultado de una discusión inicial en Facebook con el músico Juan Pablo Arias a propósito de Leerestademoda, un pequeño vídeo sobre las viejas y las nuevas tecnologías. En su estado actual la polémica ha desbordado ese primer ámbito amistoso y se enzarza más bien con lo "impersonal" que está en el ambiente.*